

## Chiapas: posibilidades político-democráticas de la lucha por la autonomía

SEBASTIÁN PÉREZ SEPÚLVEDA

---

*(...) quiero ver que nos arriesguemos a crecer lo nuestro  
y demostrarnos que podemos vivir  
humildemente en nuestra casa  
libre de la milicia que nos empapa  
vivir humildemente en nuestra casa,  
soltar la teta y caminar,  
fluir tu pensar, tomar las riendas y...  
aprender a desaprender,  
que no es contradicción es remendarse,  
no todo lo que se ve es realidad,  
no todo lo que se escucha es la verdad,  
debemos aprender que no todo lo que se enseña nos hace crecer (...)  
hace falta ideas nuevas, aporta lo que sientes  
hace falta ideas nuevas, las razones sobran,  
no te dejes llevar, no te dejes programar, crece ideas propias...*

CULTURA PROFÉTICA, Puerto Rico

Abordar el tema de la democracia en América Latina implica preguntarse por sus condiciones de posibilidad. Lo cual implicaría indagar en los objetivos alcanzados por las políticas redemocratizadoras desde mediados de la «década perdida», y también en los límites que estas tienen en el actual contexto latinoamericano. Esto, a fin de responder si es que acaso la democracia como organización social y política fue o es resultado de las demandas de la sociedad civil o es más bien una necesaria reacomodación socioestructural para permitir la (re) incorporación de los países latinoamericanos al nuevo patrón de acumulación mundial.

Incluso frente al aparente favorable discurso de «generar instancias de participación para la ciudadanía», es menester una discusión acerca de las posibilidades de la democracia en América Latina y más aún el papel posible a jugar por los



múltiples movimientos sociales que agitan el espacio sociopolítico de la región. Esto, debido al peligro constante que significa el caer en las discusiones bastantes formalizadas sobre la democracia, como son las que giran en torno a los derechos y deberes a ejercer por la ciudadanía y las intenciones muchas veces estériles de descentralización político administrativa, ya que nos impiden vislumbrar sus posibilidades en términos de prácticas materiales en el conjunto de la sociedad.

En este sentido, como lo advierte Fernando Calderón,<sup>1</sup> los movimientos sociales han sido poco estudiados por las ciencias sociales del siglo XX, puesto que eran entendidos como una resultante cuasi mecánica del orden económico o resultado de la acción partidaria. Sin embargo, el nuevo escenario, de crisis de desestructuración social y posteriores promesas democratizadoras que no encuentran su correlato con la realidad, exige la interpretación de lo «irracional». De esta manera los movimientos sociales, desde mediados de la década de los ochenta, viven un momento de inflexión entre sus características tradicionales, reflejo de esto son las nuevas orientaciones y nuevas prácticas. Pese a que pueden parecer como defensivos y reactivos frente a la crisis, (encerrándose en sus identidades con políticas de autogestión y apropiación de los espacios), emergen valores y formas colectivas que pueden cuajar en la construcción de un sistema de oposición viable. Desde ya el contexto latinoamericano les ha ofrecido condiciones reales de oposición frente a los intentos de materializar las políticas neoliberalizadoras del sistema productivo con el consecuente repliegue del sector público. Paradigmáticos a este respecto son el caso ecuatoriano y recientemente la crisis en Argentina y Bolivia.

---

<sup>1</sup> Fernando Calderón, *Los movimientos sociales ante la crisis*, Clacso, 1986.

Interesante en este sentido resulta referirse a una experiencia reciente y no resuelta, que cada cierto tiempo remueve el espacio sociopolítico mexicano, más aún cuando entre sus banderas de lucha se encuentra la democracia como tema ineludible e impostergable. Y es que tanto se ha escrito sobre el movimiento (neo) zapatista en general, y más aún sobre el subcomandante Marcos en particular, que abundan las visiones, por un lado, completamente parcializadas, las cuales se aproximan al movimiento desde y por el alzamiento en enero de 1994, concluyendo rápidamente que se trata de una acción reactiva de la incorporación de México al Nafta y las consecuencias del afianzamiento del neoliberalismo en la federación. Por otro lado, visiones sobreideologizadas, en parte por lo anterior, además del cierto efecto embelesador en la intelectualidad que ha intentado aprehender el movimiento provocado por las formas propias de expresión del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (muy cargadas de ironía, contingencia e incluso de poesía), las cuales sin ser de ninguna manera reprochables, al contrario un poco de poesía siempre es bienvenido, limitan el estudio de Chiapas a una suerte de análisis del discurso en demasía ensimismado. Por lo anterior las posibilidades que se desprenden de tales intentos son trucas en la medida que les falta profundidad en el análisis, por lo cual, por más que logren vislumbrar salidas posibles estas resultan ser inviables en la medida que el abordaje a la experiencia histórico-concreta ha sido, como dije, parcializada y sobreideologizada.

Básicamente esta es una interpretación que intenta ir un poco más allá, entender el caso de Chiapas no sólo por el levantamiento del 1 de enero de 1994 y, por tanto, como respuesta mecánica a la entrada de México al NAFTA, sino que encontrar en su desarrollo histórico una explicación mucho más satisfactoria que dé cuenta de la particularidad del caso mexicano y del largo proceso de constitución del actual movimiento. Lo anterior a fin de poder determinar el carácter del alzamiento, es decir, ¿estamos en presencia del despertar de un nuevo actor, por ende capaz de desarrollar luchas de orden político que van más allá de la reactividad de la comunidad amenazada, o resulta ser una repetición de fracasadas insurrecciones anteriores?

En este sentido ¿podemos entender el movimiento chiapaneco teóricamente como un movimiento social y por ende con alguna especie de proyecto o son conductas colectivas de otro orden? Si esto fuera así cuál es su carácter, es decir, centralmente indígena o guarda ciertos matices, cuáles son las ideas de democracia que les hacen levantarse contra un régimen «periodísticamente» democrático... en fin, las preguntas podrían ser muchas más, sin embargo, estas son algunas de las que trataremos de responder en el desarrollo de este ensayo, a fin de establecer las posibilidades de logro de los objetivos específicos en los planteamientos estratégicos de los zapatistas y, por supuesto, contribuir al debate en torno a la democracia en México, en América Latina y el lugar a jugar por los movimientos sociales en aquello.

## **Primer acercamiento: Chiapas en la «emergencia indígena», la mirada global**

Emergencia Indígena es a lo que José Bengoa<sup>2</sup> se refiere como la salida a la luz de la problemática indígena en un proceso que presenta rasgos diferenciadores a las manifestaciones de otros sectores sociales, con un carácter eminentemente indígena y que por las características de sus demandas, comienza a poner en jaque a las propias bases de sustentación de los Estados-nación desde la crisis del Estado de Compromiso. Los ejes explicativos de esta emergencia van de la mano con el debilitamiento del Estado y sus mecanismos de integración social, a partir de lo cual, los indígenas tienen más facilidades de aparecer como tales, tanto en sus demandas por sus derechos como por un Estado pluriétnico, ya que el discurso de la integración mediante la asimilación y la cooptación, ya no es posible.

Por otro lado la hipótesis de Christian Gros<sup>3</sup> apunta a que el desarrollo en la «década perdida» del movimiento indígena no puede explicarse solamente por la modificación de las políticas indigenistas, ni por la crisis o el agotamiento del nacional-populismo. Dicho desarrollo remitiría a una serie de factores que afectan de manera diversa a las poblaciones indígenas. Entre causas posibles destaca el progreso de la educación formal (indistintamente en manos de quien esté), puesto que con esto el indígena sale rápidamente de su aislamiento y su horizonte se amplía. Además de permitir la formación de una suerte de élite intelectual indígena que prontamente estará encabezando las movilizaciones y organizaciones.

Por otra parte la intervención de actores externos que orientan las acciones en un nuevo sentido, más bien favorable a la reivindicación de la etnicidad (como el claro ejemplo de la teología de la liberación y sus organizaciones de base) al tiempo que son portadores de un nuevo discurso, y recursos financieros, resultan ser una suerte de mediadores entre la comunidad y el mundo exterior. Esto además de un contexto internacional cada vez más favorable a la promoción y defensa de los pueblos autóctonos y de su entorno, a partir de lo cual, la cuestión de los pueblos se convierte en un elemento de la globalización de las relaciones internacionales, haciendo sentir su peso político-económico sobre las correlaciones de fuerzas de los estados y sus comunidades indígenas. Estos factores se conjugaron para desestabilizar las viejas formas de dominación social y de regulación política, lo cual obliga a las comunidades a definir nuevas estrategias para la elaboración de un nuevo modelo de articulación con la sociedad dominante. Lo cual no pasa por una asimilación, ni el mestizaje biológico o cultural, sino por una instrumentalización de la identidad, de la diferencia, todo abocado para ob-

---

<sup>2</sup> José Bengoa, *La emergencia indígena en América Latina*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2000.

<sup>3</sup> Christian Gros, «El movimiento indígena: del nacional populismo al neoliberalismo», en Karl Kohut (editor), *El indio como sujeto y objeto de la Historia Latinoamericana, pasado y presente*, Publicaciones del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Católica de Eichstatt, Madrid, 1998.

tener el reconocimiento de los derechos particulares y la defensa de los intereses colectivos.<sup>4</sup>

### Desarrollo histórico del movimiento: entre causas y azares

Esta primera aproximación al fenómeno nos permite observar en perspectiva el desarrollo de este proceso. Al tiempo que nos entrega algunas hipótesis generales acerca de su surgimiento. Sin embargo es necesario hilar más fino, afinar el enfoque para desentrañar las claves en el propio contexto mexicano a fin de poder responder a los cuestionamientos planteados en un comienzo. De este modo, Pedro Pérez Herrero<sup>5</sup> plantea que hay dos visiones con respecto a Chiapas. La primera según la cual los males de México son ocasionados por la desarticulación impulsada por el EZLN, cuya tensión provoca desconfianza en la inversión extranjera, provocando una reducción en la entrada de capitales, lo cual ocasiona tensiones en el grupo de poder. De manera que se trataría de una crisis económica que derivaría en crisis política. Dato no menor, pues según esta tesis todo pasa por la «solución del caso chiapaneco», de ahí el afán en encontrar cualquier medio para solucionarlo, en pos de la salud mexicana.

La segunda visión es más compleja, y creemos más satisfactoria, plantea que México y su propia transformación de las estructuras tanto política, social y económica, han posibilitado la explosión. En este sentido, Chiapas sería la consecuencia de la transformación mexicana, así su solución no pone fin a los males de México, sino que por otro lado los aplaza. Por lo tanto es menester encontrar un nuevo equilibrio del sistema político y su adecuación con la sociedad, de manera que este sea el reflejo del conflicto social y no mera administración de la crisis por un lado, y por otro articulación de intereses cupulares de los grupos más organizados y, por lo tanto, mejor incorporados.

A este respecto, en un primer acercamiento se podría decir que el movimiento de Chiapas es una respuesta a la pobreza y desigualdad en el ingreso, debido al «reajuste estructural», de manera que todo se solucionaría con el aumento del Gasto Fiscal (cosa que es prácticamente limitada por el nuevo carácter del modelo de desarrollo). Sin embargo, no hay una relación mecánica entre el nivel de ingreso y el impulso revolucionario o condición de pobreza y conciencia política. La razón es muy simple, de ser así el mundo estaría lleno de múltiples Chiapas y sobre todo en los lugares más pobres. Con todo no se quiere decir, que no exista pobreza en Chiapas, desde luego la hay, pero no agota la explicación, ade-

---

<sup>4</sup> Pese a que aquí no se hace mención como explicación de este despertar indio a las políticas indigenistas, éstas sí existieron en varios países de América Latina, pero su gran diversidad y su no concordancia con la presencia de una movilización indígena, es un signo que nos habla acerca del carácter más autónomo que tiene este despertar indio, respecto de las estrategias públicas.

<sup>5</sup> Pedro Pérez Herrero, «Chiapas: ¿revolución, guerrilla, movimiento indio o reclamación de democracia libertad y justicia?», en *América Latina hoy: revista de ciencias sociales*, N° 10, Madrid, 1995.

más de la no disminución tan drástica del gasto social, por lo menos a través de Pronasol (Programa Nacional para la Solidaridad).

De otro lado, se podría decir que este caso no es más que una respuesta directa al propio reajuste y la incorporación de México al nafta. Pese a que hay relación, hay otros lugares donde el impacto es mucho más dramático como Guerrero, Oaxaca, Yucatán (que entre otros lugares forma, junto a Chiapas, el denominado «cinturón de pobreza»). Además de la comprobación por parte del gobierno de la mejoría en las condiciones de vida (salud, educación, vivienda) de las comunidades indígenas que están en territorio zapatista.

Otra variante de explicación posible la entrega la suerte de conflicto clásico en América Latina de latifundio-minifundio, es decir, en este caso entre hacendados e indígenas, de lo cual Pablo González Casanova nos entrega una historia muy rica en términos de experiencias, aduciendo que el origen de la rebelión guarda relación con el propio desarrollo territorial y productivo de Chiapas.<sup>6</sup> En este sentido, la crisis de los latifundios cafetaleros, en los años 70, provoca la migración de peones encasillados hacia otros lugares menos desgraciados. Al mismo tiempo Chiapas se convirtió en productor de electricidad y petróleo, de manera que muchos de estos campesinos fueron a los trabajos de presas y de carreteras. Otros en cambio se encaminaron a la selva para hacerse de una vida propia, territorio en los cuales hoy se mueve el EZLN.

En este lugar se produce una mezcla muy grande de distintas etnias (tzeltales, tzotziles, choles, tojolabales y también mestizos), que confluye en una identidad oprimida frente a los «ladinos» (finqueros y ganaderos), identidad que comienza en los setenta, y en los ochenta es potenciada con distintas organizaciones a las que progresivamente se incorporaron otros sectores sociales.

Sin embargo, no por esto el conflicto fue calmo. Desde el inicio conjugó intentos de expropiación para etnias ya extintas (lacandones) y reubicaciones indígenas para asegurar los negocios entre los hacendados y el gobierno (que no son otra cosa que expulsión y desarticulaciones de las organizaciones), apareciendo una ampliación de distintos latifundios que merman el espacio para los indígenas. El gobierno intentaba controlar la situación mediante el periódico reparto de tierras, cosa que termina en 1991 con la reforma al artículo 27 Constitucional, que legaliza estos latifundios «simulados» y prohíbe el reparto de tierras, más aún privatizando tierras ejidales y comunales. Sumado a este proceso aparece el colonialismo interno que se manifiesta en este caso como una proliferación del caciquismo regional que de alguna manera reproduce a nivel de lo inmediato las formas de dominación con las cuales las organizaciones indígenas se enfrentan constantemente.

Otra variante de explicación la encontramos en eso que Christian Gros denominaba como la aparición de actores sociales externos. Pérez Herrero se refiere solamente a la aparición de la renovada Iglesia Católica en su variante de la Teología de la Liberación, como un intento de recuperar terreno en estas comu-

---

<sup>6</sup> Pablo González Casanova, *Causas de la rebelión en Chiapas*, disponible en: <[http://www.ezln.org/archivo/antecedentes/causas\\_de\\_la\\_rebelion\\_en\\_chiapas.htm](http://www.ezln.org/archivo/antecedentes/causas_de_la_rebelion_en_chiapas.htm)>.



nidades debido a la proliferación de iglesias protestantes y evangélicas. En este caso González Casanova hace mucho hincapié en el carácter de esta introducción, la cual se basa en tratar al indio como seres humanos, en hablar y escuchar, además de asignarle un papel importantísimo en la organización indígena y en la producción de su propia identidad (como el caso del obispo Samuel Ruiz).

Junto con lo anterior, estudiantes del 68 y demás «revolucionarios de la época», jugaron un papel muy importante en la formación y carácter de estas organizaciones, ya que producto del diálogo con las comunidades se fueron «mimetizando». De este modo abandonan las viejas prácticas organizativas jerárquico-vanguardistas, apostando por un sistema que hiciera de la democracia en las propias organizaciones su arma fundamental, ideales que el EZLN mantiene hasta hoy en su lucha por democracia, libertad/autonomía y dignidad.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup>Todo este proceso es clave para entender el discurso embelesador del propio EZLN que más allá de la «poesía insurgente» muestra una práctica real en las propias bases de las organizaciones chiapanecas. Esto lo demuestra la sexta declaración de la Selva Lacandona del EZLN (junio 2005), donde se manifiesta la necesidad de separar la organización jerárquica propia del ejército zapatista y la organización democrática de las organizaciones, sobre todo en el ámbito de la toma de decisiones.

Sin embargo, cada uno de los argumentos anteriores, pese a ser válidos, no tienen la potencia explicativa por sí solos para la comprensión del fenómeno; son como dice Pérez Herrero, causas necesarias, pero no suficientes. En este sentido no es posible entender el fenómeno de Chiapas observando solamente los datos socioeconómicos de la región, hay que entender además las transformaciones del sistema político mexicano, lo cual no es contradictorio con entender que el EZLN no es la causa de la inestabilidad económica que redundó en una crisis política, sino que al parecer resulta ser la consecuencia de esta. Cabe preguntarse entonces si todas estas variables socioeconómicas y la germinación de un nuevo discurso apoyado en nuevas relaciones sociales, tendrían la potencia explicativa del salto a la luz pública, sin el profundo resquebrajamiento del sistema político, en este caso las tensiones y desuniones del Partido Revolucionario Institucional (PRI). En otras palabras se trata de observar el surgimiento del fenómeno, primeramente más allá de la insurrección de 1994 y, en segundo lugar, como un proceso que sólo pudo salir a la luz por las posibilidades que desde «arriba» le ofrecía el resquebrajamiento del sistema político.

### **Acerca de la transformación del sistema político: ¿Proceso de redemocratización o los coletazos de la crisis intraelitaria?**

Pese a que no son nuevas las rivalidades intraelitarias, lo que advierte Pérez Herrero<sup>8</sup> como un fenómeno nuevo es el quiebre del pacto intraelitario de 1929, luego de la muerte de Obregón y el surgimiento del Partido Nacional Revolucionario (PNR, 1929), el Partido de la Revolución Mexicana (PRM, 1938) y el Partido Revolucionario Institucional (PRI, 1945), el cual dejaba fuera grupos resentidos. Conjuntamente con esta tesis, Víctor Manuel Durand alude a que al enfrentar la crisis de la deuda con la expropiación de la banca, en el gobierno de José López Portillo (1976-1982), «se rompió el pacto político que había acompañado al desarrollo de la posguerra, vigente desde principios de los años cincuenta y se inició un profundo conflicto entre el gobierno y los empresarios cuyas consecuencias marcaron todo el período».<sup>9</sup>

El reajuste estructural mina los principios básicos del corporativismo autoritario estatal, de esta manera al modernizar la lógica económica, reduciendo el gasto social, se deterioran los mecanismos clientelares instrumentalizados políticamente. Se pasa entonces de una sociedad civil controlada por el Estado a una sociedad civil que no encuentra mecanismos de presión necesarios frente a un sistema político cerrado y negado a cambiar. Esto se manifiesta en el giro político que hace el gobierno de Miguel de la Madrid (1982-1988) en materia de política económica y en los cambios de estilo en la toma de decisiones: los sindicatos fueron culpados del atraso político y de la baja productividad de la industria mexicana, por lo tanto sus líderes fueron desplazados de los círculos de poder

---

<sup>8</sup> Pedro Pérez Herrero, op. cit.

<sup>9</sup> Víctor Manuel Durand, «La Persistencia del Régimen Político Mexicano», en *América Latina Hoy, Revista de Ciencias Sociales*, N° 6, 1993.

inmediato, relegados a ámbitos tangenciales como la Secretaría del Trabajo y Previsión Social. «La política del gobierno delamadrino dio un giro de 180 grados, rompió la alianza con las organizaciones populares, les retiró parte de sus privilegios, dejando a los trabajadores sin canales de defensa o de negociación de sus intereses».<sup>10</sup>

Las elecciones de 1988 manifiestan los signos de la crisis, y es que esta pérdida del poder central de los intermediarios políticos como mecanismos de control y cooptación pasan a la oposición, apoyando las medidas de corte populista y proteccionista para tratar de conservar su lugar en el aparato estado. En este sentido se puede entender la aparición del PRD (Partido Revolucionario Democrático) en 1988, fundado por el hijo del General Cárdenas, héroe de la revolución.<sup>11</sup> «Se puede proponer la hipótesis de que el voto por Cárdenas no sólo fue un voto de protesta o de castigo contra el PRI, sino que fue un voto a favor de un líder populista que renovó este discurso, que proponía reconstruir las viejas alianzas y los mismos mecanismos de participación y de identificación que su padre el general Lázaro Cárdenas, había creado en los años treinta [...] y que la política delamadrina y la crisis habían destruido».<sup>12</sup> De manera que paradójicamente basado en esta cultura tradicional que «niega la política» se articula la demanda «democrática popular».

Llegada la década de los noventa, la tesis de Víctor Manuel Durand apunta por una recomposición del régimen populista y una suerte de vuelta a la calma / estabilidad por un tiempo prolongado, ya que a nivel del discurso, el gobierno de Salinas de Gortari (1988-1994) logró el equilibrio entre la modernización y el compromiso demagógico con las demandas populares, volviendo el PRI a ocupar el sitio de partido hegemónico, incrementando el poder del presidente por sobre los demás poderes de la República, «haciendo difícil pensar que se imponga la ciudadanía y con ella la democracia como régimen político».<sup>13</sup> Sin embargo para Pérez Herrero la crisis aún permanecería latente, puesto que el propio modelo de desarrollo impulsado por Salinas de Gortari (como en la década perdida por de la Madrid), minimiza en demasía las posibilidades de mantener un pulcro equilibrio entre el «necesario» diferencial presupuestal positivo y la articulación de la demanda corporativa, quedando los lazos clientelares en una tensión permanente.

De manera que el crecimiento económico no se condice con una equitativa distribución del ingreso social y regional, sino que más bien se ha vigorizado la polarización social y geográfica. Este proceso se ve aumentado por el inacabado proceso de homogenización (como lo pretendían los planteamientos indigenistas de mediados de siglo), que potencia la diversificación cultural y con esto el derecho de cada grupo de afirmar y defender la diferencia.<sup>14</sup> Además se van minando

<sup>10</sup> *Ibíd.*

<sup>11</sup> Torcuato Di Tella, *Historia de los Partidos políticos en América Latina. Siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1993.

<sup>12</sup> Víctor Manuel Durand, *op. cit.*

<sup>13</sup> *Ibíd.*

<sup>14</sup> De esta manera es entendible la movilización política étnica para defender su autonomía.

las bases de sustentación del PRI, situación empeorada por la incapacidad de las políticas sociales de frenar la desigualdad. De esta manera la opción del poder central es una relación directa con los ciudadanos, tratando de «puentear» esta inexistencia de los intermediarios políticos. Con esto la democratización pasó de representar una posibilidad a una necesidad perentoria. En este sentido «Pronasol busca no sólo convertirse en un programa social, sino que también en una relación de poder».<sup>15</sup>

Por otra parte, la política neoliberal ha impulsado el resquebrajamiento del empresariado, el cual se introduce cada vez más en materia política, al tiempo que el gobierno no puede hacer nada por el temor a la reducción de la inversión y de la exportación de capital, cosa que repercutiría en un empeoramiento de la situación de las clases populares, quedando en entredicho la posibilidad de establecer nuevas relaciones de poder.<sup>16</sup> En suma, el reajuste estructural de alguna manera necesario en el discurso por el desgaste del desarrollismo, resquebraja las relaciones clientelares patrimoniales, desestabilizando el reparto del poder en la esfera institucional y en la esfera de facto.

La latencia de la crisis, junto con este maquillamiento del PRI y la ruptura del pacto lo manifiesta el asesinato de Luis Donaldo Colosio (23 marzo 1994), candidato a la presidencia al igual que importantes representantes de la línea renovadora del PRI. Así la tensión interna del Partido, en un nuevo escenario de competitividad internacional, ha supuesto la débil recomposición del Régimen Populista (que proponía Víctor Manuel Durand) y el surgimiento de la violencia. En este contexto de coletazos de la crisis política que terminan en una democratización perentoria para la permanencia del sistema político, no impulsada desde la ciudadanía y por tanto de corto alcance, es que sale a la luz el conflicto instalado por los indígenas chiapanecos, tributario de un largo proceso anteriormente expuesto, como consecuencia de este cambio de escenario con el pacto roto que limita la cohesión de la federación.

### **Más allá de 1910, quinientos años de resistencia indígena**

Para preguntarnos por la suerte de continuidad o no entre el movimiento impulsado por los indígenas de Chiapas y el EZLN y la revolución de 1910, Pérez Herrero<sup>17</sup> nos ofrece una síntesis muy satisfactoria dado el desarrollo que hace acerca de la Revolución mexicana y sus diferencias con el movimiento neozapatista. En este sentido apunta que antaño se llegó al compromiso de que a cambio de tierra y aumento del gasto social, los campesinos no participarían directamente en política, por un asunto de minoría de edad (remarco directamente porque de alguna manera estaban incorporados a la alianza de gobierno, de manera cooptada como fue la tónica de todo este proceso). Por otra parte los neozapatistas piden juntamente con el aumento del gasto social, justicia, libertad y democracia, es

---

<sup>15</sup> Pedro Pérez Herrero, op. cit.

<sup>16</sup> *Ibíd.*

<sup>17</sup> *Ibíd.*

decir, exigen participación política en igualdad de condiciones. También se da una vinculación directa con la Iglesia Católica. De manera que no existiría esta continuidad entre la revolución de 1910 y los neozapatistas, pese a que las figuras de Zapata y la tierra son importantes símbolos del nacionalismo mexicano.

La implicancia más importante de esta conclusión es que al no ser continuidad, significa la no incorporación al PRI entendiendo a este como histórico heredero de la revolución y por tanto no se entendería un apoyo a este levantamiento por parte del partido, para que «llegue la revolución a Chiapas». Por lo tanto su solución tendrá que pasar inevitablemente por una nueva articulación entre la sociedad y el sistema político.

Por otro lado el propio autor desestima el carácter indígena del movimiento, cosa que desde mi perspectiva no es correcta, pese a que frente a este tema aduce una falta de información, lo que no permite establecer conclusiones definitivas. En este sentido apunta a que el levantamiento de Chiapas no parece ser un movimiento del pueblo maya, sino que sólo de ciertas comunidades de la zona de Cañadas y el estado de Chiapas. Sin embargo, para González Casanova es la presencia de múltiples etnias (tzeltales, tzoltiles, tojolabales, etcétera) la que marca el carácter indio, incluso el propio José Bengoa apunta que la presencia de no-indígenas (como los mestizos insurgentes) no le quitaría el carácter indígena a este levantamiento.<sup>18</sup>

En este sentido Raúl Zibechi<sup>19</sup> le asigna un gran peso, en tanto factor explicativo, a la propia identidad india fundida mucho antes del surgimiento del EZLN, al alero de la acción pastoral y con ello de la teología de la liberación. Tal es el peso que esta conciencia de indianidad permearía (y en esto coincidiría con González Casanova), en las concepciones acerca del poder y en la estrategia de lucha que van a tener al momento del arribo a la selva de los «estudiantes del 68», las cuales se conservan hasta hoy. De hecho en el propio discurso de Marcos no es difícil rastrear aquello que se denomina como el «mandar obedeciendo», «entre todos lo sabemos todo», «caminar al paso del más lento» y «preguntando caminamos», que dan cuenta de una responsabilidad de la autoridad para con la soberanía, aludiendo a que es el pueblo en definitiva el que toma sus decisiones, mediante la palabra y la conversación como mecanismo de construcción de la revolución. En suma una nueva cultura política. Nuevas concepciones que son testeadas por este propio autor como experiencia real de organicidad (como las juntas del Buen Gobierno), además de todas las comunidades de base que hacen de la democracia profesada una práctica real.

Sin embargo, es preciso aclarar que en ningún momento se está pensando en un movimiento panindianista con un marcado rechazo a la civilización occidental, sino que, por el contrario, se trataría de un movimiento que se circunscribe a los límites del Estado-nación. El cual pese a que no presente un proyecto global para la sociedad, plantea un cambio en la relación entre la comunidad y la socie-

<sup>18</sup> José Bengoa, op. cit.

<sup>19</sup> Raúl Zibechi, *La mirada horizontal. Movimientos Sociales y emancipación*, Editorial Nordan-Comunidad, Montevideo, 1999.

dad, cambio que tiene que transformar de alguna manera la sociedad misma, todo esto desde la propia autodeterminación del indígena. De ahí entonces las reclamaciones por un estado pluriétnico y espacios multiculturales, las cuales no son meras respuestas de una comunidad amenazada, sino intentos de cambiar las relaciones de dominación desde la propia concepción indígena.

### **Entre proyecto y demanda exigida, una nueva cultura política**

Anteriormente se han expuesto algunos de los planteamientos enarbolados por indígenas chiapanecos, de manera dispersa, pero que nos dan algunas luces acerca de su objetivo, sin embargo es necesario poder clarificarlo aún más para poder determinar con mayor certeza su carácter y vislumbrar sus posibilidades.

En este sentido, para Andrés Benavente Urbina<sup>20</sup> el objetivo de los zapatistas es ambiguo, puesto que encubren el socialismo, no tienen largo alcance más allá de lo democrático, en este sentido adoptan el discurso indigenista como funcional al momento histórico, adhiriéndose en pos de alcanzar las demandas que el Estado no ha satisfecho. Para esto buscan alcanzar un sistema democrático «como espacio libre de lucha política»,<sup>21</sup> además de imponer nuevas coordenadas económico-sociales. Se trataría de un indigenismo rupturista en la medida que «la cuestión indígena no tenga solución sin una transformación del pacto nacional».<sup>22</sup> Se trata de una incorporación autónoma, libre determinación de las etnias en un marco constitucional que asegure la unidad nacional, como se estipuló en los Acuerdos de San Andrés, Chiapas 16 de enero de 1996.

Por otro lado Zibechei<sup>23</sup> apunta que es el propio contacto y el confluir de los distintos actores con los sectores indígenas lo que permea en las formas de concebir el poder y por supuesto en los objetivos que el movimiento se plantea. De este modo, no buscan el poder como un «grial» externo superior, sino que podríamos decir, el «empoderamiento», relacionado a su vez con la dignidad como necesidad de autodeterminación, una suerte de alcanzar «la mayoría de edad». En este sentido más que reaccionar como una comunidad amenazada frente a un «nuevo» invasor, se trata de una reafirmación histórica. Por otro lado, las demandas de tierra, más allá de reducirlo a una demanda económica son necesarias para la conformación comunitaria, es decir, en ello se juega la realización de su propia existencia. Además de la justicia autónoma, según sus costumbres y autogobierno.

Ahora bien, para lograr la justicia, la autonomía y el autogobierno es necesaria una «democratización social de la sociedad descentralizando política y administrativamente el Estado»,<sup>24</sup> es decir, democracia y autogobierno van de la

---

<sup>20</sup> Andrés Benavente Urbina, *Los nuevos ejes insurreccionales en América Latina después de Chiapas*, Documento de Trabajo N° 64, INAP, Universidad de Chile, 1998.

<sup>21</sup> 2° Declaración de la Selva Lacandona, junio 1994.

<sup>22</sup> 3° Declaración de la Selva Lacandona, enero 1995.

<sup>23</sup> Raúl Zibechei, *Los Arroyos cuando bajan, los desafíos del zapatismo*, Editorial Nordan Comunidad, Montevideo, 1995.

<sup>24</sup> *Ibíd.*

mano. Apuntan al concepto primitivo de revolución, no como la toma del poder sino que transformar la sociedad, transformando las relaciones entre las personas y es en esto donde se juega una nueva cultura política.

Importante es recalcar la concepción que se tiene acerca de la democracia, ellos la conciben como una antesala, el propio Marcos resume muy bien este punto en el texto «la luna entre los espejos de la noche y el cristal del día»: «No se trata de la conquista del poder o de la implantación (por vías pacíficas o violentas) de un nuevo sistema social, sino de algo anterior a una y otra. Se trata de construir la antesala del nuevo mundo, un espacio donde, con igualdad de derechos y obligaciones, las distintas fuerzas políticas se disputen el apoyo de la mayoría de sociedad ¿confirma esto que la hipótesis que los zapatistas son reformistas armados? Pensamos que no. Nosotros sólo señalamos que una revolución impuesta, sin el aval de las mayorías termina por volverse contra sí misma [...] En suma no estamos proponiendo una revolución ortodoxa, sino algo mucho más difícil, una revolución que haga posible la revolución».<sup>25</sup>

### Del qué al cómo: los planteamientos estratégicos

La estrategia es bastante clara para avanzar en la guerra de posiciones. Como dijimos no se plantean la toma del poder como el lugar desde donde promover las transformaciones, sino que más bien propugnan a la sociedad civil la tarea de diseñar su destino sin pre-concebir teleológicamente la historia. En este sentido no buscan expandir «las zonas liberadas», sino que buscan permear en la sociedad entera en la medida que le sirva de caja de resonancia en su cuestionamiento al sistema vigente y, además, interpelarla para que tome su rol protagónico en la democratización de las instituciones. Revalorizando a su vez la democracia, realizándola en su vertiente real, más allá del despliegue discursivo de corto alcance que ha desarrollado el gobierno. Por lo tanto apuntan a generar una crisis de legitimidad, conquistando espacios civiles para crear una plataforma de lucha política (la antesala democrática).

La manera como lo han venido haciendo es con una fuerte campaña comunicacional, además de la instrumentalización de lo militar y su supeditación a lo político, utilizándolo para entrar en la negociación con el poder (de allí que se cuestione la idea que el EZLN es una guerrilla), además de crear y mantener espacios geográficos a ocupar por la sociedad civil como en la Convención de Aguas Calientes.<sup>26</sup>

Este intento no se trata de una lucha localista, sino que intenta articular un movimiento de carácter nacional, de allí entonces la apelación a figuras como las de Zapata, el ecologismo, la mujer y la constante interpelación a la sociedad civil en su conjunto.

<sup>25</sup> Citado en Raúl Zibechi, *Los Arroyos cuando bajan, los desafíos del zapatismo*, op. cit.

<sup>26</sup> Conocido es a este respecto la «voluntad de suicidio que tiene el EZLN», es decir, la innecesaria permanencia del EZ una vez logrados los objetivos.



Para Raúl Zibechi<sup>27</sup> se trata de un movimiento centralmente indígena, que supera por sí mismo al EZLN e incluso a las comunidades de Chiapas, se trata de una fuerza social campesino-indígena que se reconoce como sujeto, en la medida que es capaz de tomarse como objeto de su reflexión e intentar transformar su situación transformando las relaciones de dominación.<sup>28</sup> Como tal asume distintas dimensiones de las cuales el EZLN es sólo una de ellas, la cual no es una vanguardia sino que se somete a las organizaciones. Por otra parte, la dimensión eminentemente política del movimiento se encuentra en el Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN, enero de 1996), fuerza política que no se compromete en fines electorales (lo cual sería completamente contradictorio) sino que apunta por un lado a canalizar y agudizar las demandas y, por el otro, a sobrepasar al gobierno instando al autogobierno sin intervención del aparato político.

Como sujeto reconoce al adversario en el Estado, los hacendados, el PRI, interpelándolo constantemente a la creación de espacios para el diálogo, además de un «nuevo pacto», demostrando al mismo tiempo la democracia de corto alcance que desarrolla el gobierno. Todo esto completamente perceptible para la sociedad civil a través de la exacerbación de los desequilibrios coyunturales en el ámbito político, económico y social, desarrollando una fuerte campaña comunicacional.

Para esto intentan desarrollar una imagen pública bien tratada. En este sentido el uso del pasamontañas, más allá de ser una contradicción que Andrés Benavente

---

<sup>27</sup> *Ibíd.*

<sup>28</sup> En este sentido, quizás la debilidad de Benavente sería el considerar sólo el EZLN, al cual se subordinan las comunidades indígenas.

hace notar, se trata de una intención de anticaudillismo,<sup>29</sup> una apelación a la sociedad civil a sacarse la máscara, a reconocerse, a aceptar la identidad mexicana. Cuestión que si bien tiene todo un trasfondo cuasi mágico (en la historia de «los hombres del maíz») ha tenido un fuerte impacto, por ejemplo en el movimiento urbano donde «todos somos Marcos», al decir, del movimiento estudiantil. En definitiva a lo que apunta es a posibilitar el «suicidio» del EZ cuando ya su lucha no tenga sentido, además de proyectar la imagen que los zapatistas pueden ser cualquiera y no tal o cual, permeando a su vez de mejor manera en la propia sociedad civil.

### **Lucha o movimiento social, ¿surgimiento de un nuevo actor?**

Creemos necesario dar curso a discusiones con un nivel mayor de abstracción que nos permita aprehender teóricamente este movimiento a fin de establecer sus especificidades y vislumbrar sus posibilidades, en el actual contexto mexicano. En este marco distintos autores han tratado de superar tanto las posiciones economicistas, que perciben a los indios como los otros explotados, como las comunitarias y culturalistas, que los defienden y definen como «minorías» y una suerte de objeto cultural que hay que preservar. Alain Touraine<sup>30</sup> afirma que lo central es la naturaleza de la dominación que crea la figura del indio, es decir, es una dominación racista que naturaliza al dominado. Esto se traduce en un proceso de racismo contra sí mismo, donde el indio redobla esta objetivación. La conciencia del indio hace que este no pueda ir más allá, la conciencia de indianidad no puede transformarse en indigenismo, por este motivo las insurrecciones indígenas no pueden ir más allá del plano local para articular un movimiento de alcance nacional. En sus propias palabras, las insurrecciones indígenas han sido reflejo de conductas colectivas, como una acción de la comunidad amenazada frente a un enemigo externo con un alto componente reaccionario.

Sin embargo, en el marco de la «emergencia indígena» Jorge León<sup>31</sup> observa la protesta de Ecuador como el inicio al rechazo de la discriminación étnica, fue un acto de afirmación social de la población indígena, ve en el levantamiento el surgimiento de un actor social que marca la emergencia de la política indígena. En esta misma línea Yvon Le Bot<sup>32</sup> remarca que lo que hace ejemplares estos nuevos movimientos indígenas es la combinación de una voluntad de emancipación y de un proyecto de construcción de un sujeto individual y colectivo. Es una lucha por convertir la indianidad negativa en positiva, una lucha por el reconocimiento de la identidad, en este caso autodeterminada y

---

<sup>29</sup> Hasta cierto punto poco lograda por la importancia que ha adquirido el Sub-comandante Marcos, pero sobre lo mismo cabe la pregunta ¿quién es Marcos?

<sup>30</sup> Alain Touraine, *Actores Sociales y Sistemas políticos en América Latina*, Santiago de Chile, PREALC, 1988.

<sup>31</sup> Citado en Yvon Le Bot, *¿Se puede hablar de actores sociales étnicos en América Latina?*, En Karl Kohut (editor), op.cit.

<sup>32</sup> *Ibid.*

no impuesta desde afuera. Aunque son movimientos de protesta y defensa como los movimientos de antaño, presentan un proyecto para la comunidad, en cuanto a cómo esta debe articularse con la sociedad, lo que repercute en la concepción misma de la sociedad en general, aunque sin presentar un proyecto global para esta.<sup>33</sup>

Del mismo modo el movimiento chiapaneco no presenta un proyecto de sociedad como clásicamente lo tenía el movimiento obrero, sino que es un acto de afirmación de identidad histórica, es decir, una demanda por incorporación no cooptada, no mediante una asimilación cultural ni ciudadanización, sino un afán de entrar en el juego auto denominándose, reconociéndose como sujeto e identificando al adversario. Planteando del mismo modo su propio proyecto de autonomía que exige inevitablemente una transformación radical a nivel político-social y económico.

Por lo tanto la naturaleza de la dominación que retrataba Touraine en los alzamientos indígenas a lo largo de la dominación oligárquica y el Estado de Compromiso se va desdibujando en la medida que son estos nuevos alzamientos, de la «emergencia indígena» en general y de Chiapas en particular, los que reflejan en su acción, objetivos y estrategias, el despertar de un nuevo actor étnico, con plena conciencia de su situación y voluntad de transformarla.

Con todo, ¿esto nos permite considerar el fenómeno de Chiapas como un movimiento social? Desde la perspectiva de Fernando Calderón como la de Alain Touraine se podría establecer un diagnóstico similar tanto para los procesos de la «emergencia indígena» en general, como para el caso de Chiapas en particular, sólo que con categorías analíticas distintas. De esta manera lo que para Fernando Calderón es un movimiento social,<sup>34</sup> para el autor francés no sería más que una lucha,<sup>35</sup> ya que los indígenas intentan cambiar la objetivación o naturalización que el propio autor advertía en antaño, para establecer su propia objetivación construida desde su emergencia como actor social, apropiándose de sus espacios, pero preferentemente interpelando al Estado.

Sin embargo, creemos que, la experiencia de Chiapas hace tensionar esta aprehensión, ya que el establecimiento de un nuevo pacto implica para los propios zapatistas una necesaria transformación de las relaciones sociales, no sólo del indígena para con el Estado,<sup>36</sup> Plantea una nueva articulación entre la propia

---

<sup>33</sup> Símbolo de esto, es el «nuevo pacto» que menciona Bengoa luego de los alzamientos de Chiapas y Ecuador y las negociaciones posteriores.

<sup>34</sup> Ya que los indígenas, como actores en una relación de dominación, actúan y se orientan para recrear y transformar las relaciones en cuestión. Incluso entrega algunas características comunes de otros movimientos étnicos en Brasil y Ecuador, como que su interlocutor siempre es el Estado y que su problemática intenta ser definida como una problemática nacional, de integración e interés nacional, en este sentido más que de minoría se trata de ciudadanía.

<sup>35</sup> En tanto concepción estratégica del cambio social, donde la acción no son respuestas reactivas (como el caso de la comunidad amenazada), sino iniciativas que no pretenden construir un sistema social, sino que en este caso se intenta cambiar la imagen que la sociedad tiene del actor social.

<sup>36</sup> Que de alguna manera «quedaría» resuelta entregando carta de ciudadanía y reconociendo

sociedad y el sistema político, apelando a la sociedad civil para que tome su rol protagónico en el proceso democratizador. En este sentido contiene una concepción estratégica del cambio social, además de iniciativas que si bien no pretenden construir un sistema social, no solo intentan cambiar la imagen que la sociedad tiene del propio actor, en este caso indígena, sino que buscan configurar la antecámara democrática y construir a través de los flujos de historicidad de la sociedad civil «el» proyecto de sociedad que pretenda conformar un nuevo sistema social.

De manera que a nuestro parecer el fenómeno en cuestión marca ciertas particularidades en sus objetivos como en las estrategias que lo hacen distanciarse en cierta medida de lo que Bengoa denomina como la «emergencia indígena de América Latina».<sup>37</sup> Por otro lado creemos que la experiencia de Chiapas queda en una suerte de intersticio teórico entre una lucha y un movimiento social en la perspectiva del autor francés, cuestión que exige de alguna manera una nueva discusión acerca de las propias categorías, que nos permita ir contribuyendo en la construcción de un corpus teórico con mayores posibilidades de aprehensión a fin de poder contemplar a los movimientos sociales como elemento constitutivo y necesario de las discusiones político sociales actuales.

### **Nuevo contexto, México sin el PRI: alternancia, mercado político... ¿democracia ?**

El año 2000 para México sin duda marca en los hechos un punto de inflexión en el curso político, es así como el 2 de julio, aparece por primera vez en más de medio siglo la tan anhelada alternancia política. Vicente Fox alcanzó el 42,71% (PAN), Francisco Labastida el 35,78% (PRI) y Cuauhtemoc Cárdenas el 16,52% (PRD) de los sufragios. En el caso de la elección de senadores: Alianza para el cambio (PAN, Partido Verde Ecologista) 38,33%, PRI 36,33% y a la Alianza por México (PRD, Partido del Trabajo, Alianza Social, Convergencia por la Democracia y Partido de la Sociedad Nacionalista) con un 18,75%. En la elección de diputados federales: Alianza para el Cambio 38,41%, PRI 36,55% y la Alianza por México 18,59% de la votación total.<sup>38</sup>

Frente a estas cifras Pérez Herrero<sup>39</sup> propone distintas reflexiones: en primer lugar destaca la alta participación (cerca del 60%) que se condice con un clima de tranquilidad y transparencia. Por otro lado destaca que no hay grandes vencedores, ni grandes perdedores: si bien el PAN tiene la presidencia, y tiene la mayoría en el Congreso, no es una libertad absoluta, el PRI obtuvo un porcentaje similar, por otro lado la Jefatura del Distrito Federal está a cargo del PRD a través de

---

do su propia diversidad en el ámbito formal, frente a lo cual efectivamente interpela al Estado para que genere tales condiciones.

<sup>37</sup> Proposición que creemos debe ser rastreada mediante un análisis comparativo mucho más profundo de ésta como de otras experiencias que la conforman.

<sup>38</sup> Pedro Pérez Herrero, «La derrota del PRI, comienza otra revolución», en *Política Exterior*, N° 77, 2000.

<sup>39</sup> *Ibid.*

Cárdenas. En tercer lugar señala que el PRI ya no es la «dictadura perfecta», ni los ciudadanos vasallos clientelares, aduce que si se produjo el cambio sin violencia es porque el PRI ha impulsado la transparencia y la ciudadanía, ha optado por el cambio. En suma se dignifica el sistema político y las responsabilidades han quedado repartidas, el Estado ya no sería el único culpable. Finalmente destaca que los resultados simbolizan el fin de la disociación entre sistema político y la sociedad: «la ciudadanía ha evolucionado».<sup>40</sup>

No es difícil percibir el tono positivo y expectante que manifiesta el autor frente a tales resultados. Sin embargo, creo que es necesario hacer algunas salvedades que nos permitan comprender el proceso más que quedarnos en la experiencia particular. En este sentido el propio autor nos advierte que desde la propia década de los ochenta que el PRI viene registrando un proceso de desestabilización de sus anclajes de legitimación en un desarrollo progresivo e inexorable, provocado por los avatares de la implantación del neoliberalismo y la incapacidad del PRI de «adaptarse a los nuevos tiempos» (cuestión que de alguna manera ya hemos expuesto y proyectado). También destaca que la victoria del PAN no puede explicarse por el avance del catolicismo o el carisma del ex gerente de la Coca-Cola (Vicente Fox), sino que le otorga gran peso a dos variantes: en primer lugar el éxito incuestionable del PAN de ir avanzando posiciones gradualmente de la periferia al centro; en segundo lugar, que la coyuntura política ha hecho que el «voto útil» recayera en el partido de Fox al representar la idea de cambio y modernidad. Claro es el ejemplo que el PRD se desmorona electoralmente en la medida que se fortalece el PAN, de manera que muchos «perredistas» lo apoyan, para asegurar la derrota del PRI y con ello la alternancia política. Es decir, se trata de un voto castigo.

Cabe la pregunta entonces, si es que en este nuevo contexto se puede hablar de Democracia en México. Sin embargo para poder dar curso al desarrollo de este cuestionamiento debemos preguntarnos acerca de la democracia, es decir, dejar en claro qué es lo que entendemos por democracia, piso básico sobre el cual poder examinar esta hasta cierto punto nueva realidad mexicana y vislumbrar sus límites y posibilidades.

En este sentido el sociólogo francés Alain Touraine<sup>41</sup> nos da algunas pistas acerca de lo que una democracia implica:

- Limitación del poder del Estado por las instituciones políticas y por la ley, es decir, reconocimiento de los derechos fundamentales, respetados por el poder.
- Representatividad social del actor político y más aún, subordinado al actor social autoorganizado y representable.
- Conciencia de ciudadanía en tanto conciencia de pertenecer a una colectividad fundada en derecho.

---

<sup>40</sup> *Ibíd.*

<sup>41</sup> Alain Touraine, *¿Qué es la Democracia?*, Fondo de Cultura Económica, 2000



Lo anterior decanta en una diferenciación en tres niveles de la totalidad social: la sociedad civil, el sistema político y el Estado, diferenciación que se constituye en una precondition a la hora de poder cumplir con lo que una democracia implica. Es decir, la sociedad civil ejerce control sobre el sistema político y sobre el Estado mediante la representatividad social de actor político y su subordinación al actor social; del mismo modo el sistema político constituye el espacio legal que fija los límites y posibilidades de movimiento del Estado, es decir, limitan su poder. Finalmente la conciencia de ciudadanía es la normatividad que articula la dimensión social y la dimensión política, articulando a su vez los tres niveles, haciendo de la soberanía la voluntad democrática que constituye el espacio geográfico que ocupa la colectividad como un Estado-nación.

Podríamos decir que su desafío es la posibilidad de constitución de actores sociales con capacidad desequilibrante, es decir, con cierto nivel de historicidad que le permita dotar de sentido al cambio social, como dice al autor: «la democracia es el régimen político que les permite a los actores sociales formarse y obrar libremente, sus principios son los que rigen la existencia de los propios actores sociales».<sup>42</sup> En este sentido pasar de la democracia negativa, en tanto libertad negativa como defensa de los mecanismos de control hacia la soberanía con actores que se reconozcan como productores de su propia historia.

Desde esta perspectiva el propio autor desarrolla un balance de «los éxitos y los límites de la democratización de América Latina»,<sup>43</sup> concluyendo que tras la confusión de los tres niveles durante el período de los regímenes nacional-populares

---

<sup>42</sup> *Ibíd.*

<sup>43</sup> Alain Touraine, *Éxitos y límites de la democratización en América Latina*, texto de la ponencia en la sesión plenaria del congreso de LASA, Guadalajara, 17 abril de 1997.

sobreviene, producto de la «revolución capitalista», una creciente diferenciación, que otorgan por un lado gran autonomía de los agentes económicos y por otro una dualización en términos de privilegiados y excluidos que destruye la ciudadanía con la consiguiente pérdida del control político por parte de los actores sociales.

Por otra parte los procesos de modernización del Estado permiten la autonomización del sistema político como en el caso de Chile y Uruguay, proceso más matizado en Argentina, Brasil, Venezuela, y México. Sin embargo, la falta de autonomía de los actores sociales impide finalizar el proceso democrático. Es decir, donde existe autonomía del sistema político no hay autonomía de los actores (Chile), cuando el proceso es a la inversa el conflicto es más visible (Colombia, Venezuela, México).

En el ámbito de los elementos del régimen democrático:

1. Poder estatal limitado, pero no por los actores sociales a través del sistema político, sino que más bien por las exigencias del sistema económico mundial.
2. Representatividad muy baja, con altos niveles de corrupción y clientelismo, inestabilidad del sistema político, más aún en el caso del México PRI donde existía una partidocracia por la propia debilidad y heteronomía de los actores sociales.
3. Conciencia de ciudadanía débil.

En suma, tenemos una democracia trunca, con la autonomización económica y estatal no completada con la formación de un sistema político y actores sociales fuertes; por el contrario, con una débil construcción de un sistema político y conductas colectivas más bien reactivas. Por tanto, vemos entonces que de alguna manera, como decía Faletto, el desafío de la democracia en América Latina en general, sigue siendo el desafío de la transformación social.

Para el caso mexicano, en una reciente publicación,<sup>44</sup> Touraine nos da algunas pistas diciendo que los partidos políticos no han salido de su confusión, enredados en luchas personales y sin un proyecto general que les impide definirse políticamente, por tanto se ven frustradas las esperanzas de construcción del sistema político, ya que no se definen por las demandas de sus electores y ni por su programa.

De manera que en México pese a la alternancia política aún existe la necesidad democrática de diferenciar y combinar en un proyecto conjunto al Estado, el sistema político y la sociedad civil, a fin de que el cambio político no sea más que el reflejo constante de agotamiento del régimen anterior. Resulta necesario para el autor la definición de una mayoría en el gobierno, partidos políticos con visión de sociedad, además de movimientos sociales independientes con una estrategia política clara a través de los propios partidos políticos o creando conflictos no

---

<sup>44</sup> Alain Touraine, «Las dificultades políticas del gobierno de Fox», en *El País*, España, 17 de julio de 2001.

institucionalizados. Sin embargo, apuesta por los primeros en tanto que en ellos está «el futuro democrático»,<sup>45</sup> aduciendo a dos posibles salidas negativas: la primera es la ausencia de cambio y la búsqueda de un continuismo mediante la reconstrucción de viejas alianzas y por el otro el nivel desintegrativo que sufre la sociedad civil, debido a la desigualdad de ingreso y de acceso a bienes y servicios de consumo básico, que puede crear un tipo de caos solucionable mediante el caciquismo en tanto forma de dominación de las poblaciones marginales. De manera que apunta por una transformación en el ámbito institucional que permita la creación de nuevas fuerzas políticas.

### **Posibilidades político democráticas de la lucha por la autonomía**

Frente a este diagnóstico, primero marcado por las positivas expectativas por el triunfo de Fox y la, a nuestro juicio, sobrevalorada alternancia política, pese a la exacerbación del voto útil, (que no es otra cosa que voto castigo donde efectivamente se niega la política frente a la suspensión de proyectos) manifestada por Pérez Herrero y por el otro lado marcado por los peligros que advierte Touraine de continuismo o de crisis que permita el resurgimiento del caciquismo, (y la posible salida mediante la transformación en el ámbito de la institucionalidad que permita esta creación de nuevas fuerzas políticas),<sup>46</sup> ¿qué papel puede jugar esta lucha con pretensiones de movimiento social que constituyen los indígenas de Chiapas en la configuración de la democracia como realidad más que discurso?

Para José Bengoa este actual momento estaría caracterizado mayormente por lo que él denomina la cuarta etapa de la emergencia indígena, constituida por los acuerdos y la búsqueda de un nuevo pacto; en el caso mexicano, los Acuerdos de San Andrés. Sin embargo, el gobierno o mejor dicho el parlamento para ser más justos, rechazó el proyecto de la Cocopa (Comisión de Concordia y Pacificación) la cual recogía muy fielmente los puntos establecidos en San Andrés. De manera que se produce un nuevo distanciamiento de los zapatistas para con el gobierno, cuestión que sumado a la profundización de las políticas de corte neoliberal que extreman aún más las condiciones de producción y reproducción de la masa creciente de excluidos mexicanos hacen de la lucha democrática una necesidad permanente e impostergable para el movimiento.

Ahora bien, teniendo en cuenta sus objetivos y más presente aún sus planteamientos estratégicos donde no encontramos la toma del poder ni a corto ni mediano plazo, sino que más bien lograr una transformación radical —creando para ello situaciones de ingobernabilidad del sistema en función de deslegitimarlo— y a partir de ello posibilitar que nuevas fuerzas políticas en una

<sup>45</sup> Entrevista a Alain Touraine de José Gil Olmos en La Jornada, lunes 6 de noviembre del 2002.

<sup>46</sup> Que de alguna manera lo manifiesta Pérez Herrero (véase Pérez Herrero, Op, cit.) mediante la necesidad de creación de un Estado conformado por instituciones que surjan de los acuerdos y compromisos que los agentes económicos, políticos y sociales sean capaces de establecer.

alianza amplia, sin vanguardias preestablecidas, puedan llegar al poder en medio del consenso social, es que podemos considerar, ya sea como lucha o movimiento social que constituyen un agente democratizador en la medida que su propia lucha por el reconocimiento y la autonomía (aún pendientes) conllevan necesariamente una transformación social democratizadora a partir de la nueva relación de la comunidad con la sociedad. Puesto que reconocer al indígena como sujeto implica no sólo considerarlo como un igual en la lucha política, sino que también reconocer y por tanto aprovechar socialmente su propia producción (material, organizativa, discursiva, etcétera) cuestión que tiene que pasar necesariamente por una transformación de la sociedad mexicana.

Con todo, para lograr tales objetivos el movimiento chiapaneco tendría que, con relación a su estrategia, tratar de permear más en la sociedad civil, para esto el EZLN y el FZLN debieran maximizar sus esfuerzos por tratar de articular de mejor manera las demandas de los amplios sectores campesinos del Sur y rearticular el desgastado movimiento social urbano que tuvo gran florecimiento a fines de la década de los ochenta e inicios de los noventa.

A este respecto, en uno de los últimos comunicados<sup>47</sup> de los zapatistas podemos ver la intención de radicalizar un poco más el discurso y las prácticas mediante el llamamiento al cuarto Congreso Nacional Indígena para el 5 y 6 de mayo en San Pedro. Aquí se logra percibir una constante apelación a distintos sectores de la sociedad civil, en una suerte de grito ¡excluidos de México, uníos!, que intenta, y en eso creemos que se juegan sus posibilidades, articular demandas de conjunto a fin de constituir una gran fuerza social que logre dotar de cierto grado de historicidad el proceso de cambio.

Tomando en cuenta que este año termina el gobierno de Fox, creemos que significa un momento crucial en la medida que realmente se ponen a prueba las proyecciones democráticas perfiladas en torno a la evolución de la ciudadanía, el despertar del clientelismo y la capacidad del sistema político por hacer frente a la crisis arrastrada desde mediados de la década perdida. 2006 por tanto podría ser el año que permita «consolidar» el camino avanzado de una democracia trunca que niega la política (con la súper valoración de un mercado político y un voto castigo) o bien, apuntar una victoria para el zapatismo en esta lucha de largo alcance que se plantea la simple pero difícil tarea de que la sociedad mexicana logre experimentar vivencialmente una nueva cultura política, mediante la transformación de sus propias relaciones sociales.

### **Cerrando ideas, abriendo nuevas discusiones...**

Pensando que el desafío de la democracia en América Latina sigue siendo el desafío de la transformación social, creemos que los movimientos sociales juegan un papel central en, al menos, dos sentidos.

En primer lugar que su propio desarrollo histórico, que su propia lucha, da cuenta de la necesidad democrática en términos de practica real, no sólo discursiva

---

<sup>47</sup> EZLN, en La Jornada, 4 de abril de 2006.

por mucha realidad que pueda construir el lenguaje, mediante su afirmación como sujetos en pos de cambiar las relaciones de dominación en que se ven envueltos. Y en segundo lugar, en relación con lo anterior, su capacidad de agentes democratizadores en la medida de construcción de sociedad civil o de «redes que dan libertad» a través de su propia constitución como también la interpelación constante a otros sectores sociales a fin de crear una sinergia proactiva que impida la cooptación desarticuladora de la institucionalidad sin un proceso acabado de incubación que permita definir objetivos y estrategias independientes de los anquilosados mecanismos de representación habituales.

Sin embargo, este desarrollo exige una discusión desde la experiencia histórica en torno a la capacidad aprehensiva de las categorías analíticas atingentes. Esto a fin de dejar de moldear la realidad a la teoría, sino que, por el contrario contribuir y profundizar, por un lado, la capacidad analítica de la propia teoría en la medida que se pueda hacer cargo de los procesos en curso y, por otro, entregar luces a los propios actores sociales que construyen este espacio.

Creemos que desde aquí es posible dotar de sentido las discusiones, hasta cierto punto estériles, sobre democracia. Dispuestas en un plano quizás demasiado formales, en tanto ampliación de derechos y responsabilidades hacia ámbitos como la cultura, la educación, etc. Porque si bien la ciudadanía constituye la normatividad que vincula lo social y lo político, cuestión que frente a los diagnósticos de constante tecnificación y des-socialización de la «gestión» política y la despolitización de la sociedad, parece completamente válido, cabe la pregunta, ciudadanía ¿desde dónde? ¿ejercida por quienes? El arreglo formal previo a la constitución de la demanda puede resultar en una suerte de control en tanto cooptación de la capacidad creativa y proactiva de la sociedad.

En este sentido creemos en la necesidad de entregar elementos para el debate en esta perspectiva, es decir, tratar de rescatar la centralidad de los movimientos sociales como praxis histórica y la democracia como el espacio que permite y se construye mediante los flujos de historicidad que emanan desde la propia sociedad.